IV Trimestre de 2008
La expiación y la cruz de Cristo

Notas de Elena G. de White

Lección 6
8 de Noviembre de 2008

La expiación en símbolos - I

Sábado 1º de noviembre

"Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió" (Génesis 3:21).

El Señor Jesucristo ha preparado una cobertura -el manto de su propia justicia- que pondrá sobre cada alma arrepentida que lo reciba por la fe. Dijo Juan: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29). El pecado es la trasgresión de la ley. Cristo murió para que todos pudieran deshacerse del pecado. Un delantal de hojas de higuera nunca cubrirá nuestra desnudez. El pecado debe ser quitado y el ropaje de la justicia de Cristo debe cubrir al transgresor de la ley de Dios. Entonces, al mirar el Señor al pecador creyente, ve, no las hojas de higuera que lo cubren sino el manto de justicia de Cristo, que es la perfecta obediencia a la ley de Jehová. El hombre ha cubierto su desnudez no bajo una cobertura de hojas de higuera, sino bajo el manto de justicia de Cristo.

Cristo hizo un sacrificio para satisfacer las demandas de la justicia. ¡Qué precio tuvo que pagar el cielo para rescatar al transgresor de la ley de Jehová! Pero esa santa ley no podía mantenerse a un precio menor. En vez de que la ley fuera abolida para alcanzar al pecador, debía ser mantenida en toda su sagrada dignidad. En su Hijo, Dios se dio a sí mismo para salvar de la ruina eterna a todos los que crean en él.

El pecado es deslealtad a Dios, y merece castigo. Las hojas de higuera cosidas se usaron desde los días de Adán, y a pesar de ello la desnudez del alma del pecador no está cubierta. Todos los argumentos reunidos por los que se interesaron por este manto frívolo, vendrán a ser nada. El pecado es la transgresión de la ley. Cristo se manifestó en nuestro mundo para quitar la transgresión y el pecado, y sustituir la cobertura de hojas de higuera por el manto puro de su justicia. La ley de Dios queda vindicada por el sufrimiento y la muerte del unigénito Hijo del Dios infinito.

Una sola transgresión de ley de Dios, aun el detalle más pequeño, es pecado. Si no se ejecutaba la penalidad sobre ese pecado ello representaría un crimen en la administración divina. Dios es Juez, el vengador de la justicia, lo que constituye el fundamento de su trono. Él no puede eliminar su ley. No puede quitarle el más pequeño de sus detalles a fin de enfrentar y perdonar el pecado. La rectitud, la justicia y la excelencia moral de la ley deben ser mantenidas y vindicadas delante del universo celestial y de los mundos no caídos (***Alza tus ojos*, p. 376**).

Domingo 2 de noviembre
La expiación y los sacrificios de animales

Caín y Abel, los hijos de Adán, eran muy distintos en carácter. Ambos reconocían a Dios y profesaban adorarle. Pero mientras Abel amaba y temía a Dios, Caín mantenía sentimientos de rebeldía contra él por la sentencia contra Adán y por la maldición pronunciada sobre la tierra debido al pecado. Estos hermanos habían sido instruidos acerca del plan de salvación para la raza humana, y se les requería en humilde obediencia mostrar reverencia hacia Dios y completa dependencia del redentor prometido, sacrificando a los primogénitos del rebaño, y ofreciendo solemnemente su sangre como una ofrenda a Dios. Esto mantendría delante de ellos las consecuencias de la transgresión y la promesa de un redentor por venir.

Dios había hecho saber a Adán que sin derramamiento de sangre no podía haber remisión de pecado. Pero Caín estaba resuelto a no seguir estrictamente el plan de obediencia; no aceptaba tener que buscar un cordero para ofrecerlo junto con los frutos de la tierra. Trajo sólo los frutos de la tierra –y ni siquiera los mejores– produciendo el desagrado de Dios. Abel aconsejó a su hermano que presentara a Dios un sacrificio de sangre, pero Caín, siendo el mayor, no aceptó su consejo, sino que llenó su corazón de murmuración e infidelidad, y sólo presentó la ofrenda que ya había preparado.

Como Dios había ordenado, Abel trajo de los primogénitos del rebaño y lo ofreció con plena fe en el Mesías que habría de venir. Dios aceptó este sacrificio y envió fuego del cielo para consumirlo. Sin embargo Caín no vio ninguna manifestación de que su ofrenda había sido aceptada. Abel lo había hecho en la forma que Dios había establecido mientras que Caín siguió los sentimientos de su propio corazón, los que estaban en oposición a las órdenes divinas. "Por fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín". Al mirar a la víctima moribunda, Abel se impresionó con la dolorosa realidad de que la paga del pecado es muerte. Vio que la transgresión de la ley de Dios había separado a la familia humana de su Creador y que sólo el sacrificio de una vida podía reparar los reclamos de una ley quebrantada. En los últimos suspiros de la víctima sangrante vio por la fe al Hijo de Dios que moría por la raza culpable.

De las ofrendas de Caín y Abel se puede aprender una importante lección. Los reclamos de la justicia infinita y las demandas de la ley divina, sólo pueden ser reparados por el sacrificio de Cristo. La ofrenda más costosa que un ser humano pueda traer delante de Dios, que sea el resultado de su trabajo o de sus logros intelectuales y físicos no puede lograr nada, porque ni la riqueza material ni la grandeza intelectual pueden expiar el pecado del alma. Caín despreció la idea de que era necesario allegarse a Dios con una ofrenda de sangre y trajo, en cambio, el fruto de su trabajo, pensando que con ello agradaba a Dios y obligaba a su Creador a bendecirlo. La religión popular de nuestro tiempo enseña prácticamente lo mismo: que las buenas obras merecen la bendición divina. Y muchos piensan que es un favor que le hacen a Dios cuando se muestran religiosos y por lo tanto merecen la satisfacción divina. Son multitudes las que quieres acercarse a Dios en sus propios términos esperando que Dios los acepte. Tal religión es similar a la de Caín. La pregunta que todos debieran hacerse es: ¿Qué debo hacer para tener la probación de Dios?, en lugar de preguntarse: ¿Cómo puede agradarme a mí mismo? (***Signs of the Times*, 6 de febrero, 1879**).

Lunes 3 de noviembre
El pecado y la impureza

Existe la opinión ampliamente aceptada de que los sacrificios y ofrendas de los hebreos no tienen ningún significado para los cristianos ni deben interesarse en estudiarlos. Esta opinión no tiene fundamento. Es verdad que las ceremonias de la ley mosaica no deben ser observadas ahora; pero cuando son correctamente entendidas reflejan luz sobre sagradas e importantes verdades. Estos ritos, que señalaban al mismo Jehová, eran como rayos de luz que iluminaban el camino de los antiguos creyentes y dirigían sus mentes al gran sacrificio que serían ofrecido por los pecados de la raza. Cuando los miramos a la luz de la cruz, contienen preciosas lecciones para el pueblo de Dios de la actualidad.

A los hijos de Israel se les ordenó antiguamente que trajesen una ofrenda para toda la congregación, a fin de purificarla de la contaminación ceremonial. Este sacrificio era una vaquillona roja que representaba la ofrenda más perfecta que debía redimirlos de la contaminación del pecado. Era un sacrificio que se ofrecía circunstancialmente para purificar a todos los que habían llegado, por necesidad o accidente, a tocar muertos. A todos los que habían tenido algo que ver con la muerte se los consideraba ceremonialmente inmundos. Esto tenía como propósito inculcar entre los hebreos el hecho de que la muerte es consecuencia del pecado, y por lo tanto representa al mismo. La vaquillona, el arca y la serpiente de bronce: cada una de estas cosas señalaba en forma impresionante a la única gran ofrenda: el sacrifico de Cristo.

Esta vaquillona debía ser roja, símbolo de la sangre. Debía estar sin mancha ni defecto y no debía haber llevado nunca el yugo. En esto también prefiguraba a Cristo. El Hijo de Dios vino voluntariamente a realizar la obra de la expiación. No pesó sobre él ningún yugo obligatorio; porque era independiente y superior a toda ley. Los ángeles, como inteligentes mensajeros de Dios, estaban bajo el yugo de la obligación; ningún sacrifico personal de ellos podía expiar la culpabilidad del hombre caído. Únicamente Cristo estaba libre de las exigencias de la ley para emprender la redención de la especie pecaminosa. Tenía poder para deponer su vida y para volverla a tomar. "El cual, siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios". (Filipenses 2:6).

Sin embargo, este Ser glorioso amaba al pobre pecador y tomó sobre sí la forma de siervo, a fin de sufrir y morir en lugar del hombre. Jesús podría haber permanecido a la diestra de su Padre, llevando su corona y vestiduras regias. Pero prefirió cambiar todas las riquezas, honores y gloria del cielo por la pobreza de la humanidad; y su alto puesto por los horrores del Getsemaní y la humillación y agonía del Calvario. Se hizo varón de dolores, experimentado en quebranto, a fin de que por su bautismo de sufrimiento y sangre pudiese purificar y redimir a un mundo culpable. "Heme aquí -fue su gozoso asentimiento- para que haga, oh Dios, tu voluntad" (Hebreos 10:7).

Se conducía fuera del campamento a la vaquillona destinada al sacrificio, y se la mataba en medio de una imponente ceremonia. Así sufrió Cristo fuera de las puertas de Jerusalén, porque el Calvario estaba fuera de las murallas de la ciudad. Esto era para demostrar que Cristo no moría sólo por los hebreos, sino por toda la humanidad. Proclama a un mundo caído que ha venido para ser su Redentor, y le insta a aceptar la

salvación que le ofrece (***Review and Herald*****, enero 9, 1883; parcialmente en, *****Joyas de los testimonios*****, tomo 1, pp. 483, 484**).

Martes 4 de noviembre
Los sacrificios

El Redentor del mundo fue hijo de padres pobres, y cuando en s infancia fue presentado en el templo, su madre pudo llevar tan sólo la ofrenda establecida para los pobres: una par de tórtolas o dos palominos. Él constituyó el don más precioso hecho por el cielo a nuestro mundo, un don que escapa a todo cálculo, y sin embargo se dio testimonio de él sólo mediante la ofrenda compartió la suerte de los pobres y humildes. La abnegación y el sacrificio caracterizaron su vida (Consejos sobre mayordomía cristiana, pp. 166, 167).

La ley de Dios existía antes de la creación del hombre, o de lo contario Adán no podría haber pecado. Después de la transgresión de Adán, los principios de la ley no fueron cambiados, sino que fueron definidamente ordenados y expresados para responder a las necesidades del hombre en su condición caída. Cristo, en consejo con su Padre, instituyó el sistema de ofrendas de sacrificio para que la muerte, en vez de recaer inmediatamente sobre el transgresor, fuera transferida a una víctima que prefiguraba la ofrenda, grande y perfecta, del Hijo de Dios.

Los pecados de la gente eran transferidos simbólicamente al sacerdote oficiante, que era mediador del pueblo. El sacerdote no podía por sí mismo convertirse en ofrenda por el pecado y hacer expiación con su vida, porque también era pecador. Por lo tanto, en vez de sufrir él mismo la muerte, sacrificaba un cordero sin defectos. El castigo del pecado era transferido al animal inocente, que así llegaba a ser su sustituto inmediato y simbolizaba la perfecta ofrenda de Jesucristo. Mediante la sangre de esta víctima, el hombre veía por efe en el porvenir la sangre de Cristo que expiaría los pecados del mundo.

Si Adán no hubiera transgredido la ley de Dios, la ley ceremonial nunca hubiera sido instituida. El evangelio de las buenas nuevas fue dado primero a Adán cuando se le declaró que la simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente. Y esto fue transmitido a través de generaciones sucesivas a Noé, Abrahán y Moisés. El conocimiento de la ley de Dios y del plan de salvación fueron impartidos a Adán y Eva por Cristo mismo. Ellos atesoraron cuidadosamente la importante lección y la transmitieron verbalmente a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Así fue preservado el conocimiento de la ley de Dios.

En aquellos días, los hombres vivían cerca de mil años, y los ángeles los visitaban con instrucciones directas de Cristo. Se estableció el culto de Dios mediante ofrendas y sacrificios, y los que temían a Dios reconocían sus pecados delante de él y miraban hacia el futuro con gratitud y santa confianza en el a venida de la Estrella matutina, que guiaría a los caídos hijos de Adán hacia el cielo mediante el arrepentimiento ante Dios y la fe en nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Así se predicaba el evangelio en cada sacrificio y las obras de los creyentes revelaban continuamente su fe en un Salvador venidero. Jesús dijo a los judíos: "Si creyeseis a Moisés, me creerían a mí, porque de mí es-

cribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?" (S. Juan 5:46, 47) (***Mensajes selectos*, tomo 1, pp. 270, 271**).

Miércoles 5 de noviembre
La eliminación del pecado/impureza

La parte más importante del servicio diario era la que se realizaba en favor de los individuos. El pecador arrepentido traía su ofrenda a la puerta del tabernáculo, y colocando la mano sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados; así, en un sentido figurado, los trasladaba de su propia persona a la víctima inocente. Con su propia mano mataba entonces el animal, y el sacerdote llevaba la sangre al lugar santo y la rociaba ante el velo, detrás del cual estaba el arca que contenía la ley que el pecador había violado. Con esta ceremonia y en un sentido simbólico, el pecado era trasladado al santuario por medios de la sangre. En algunos casos no se llevaba la sangre al lugar santo sino que el sacerdote debía comer la carne, tal como Moisés ordenó a los hijos de Aarón, diciéndoles: "Diola él a vosotros para llevar la iniquidad de la congregación" (Levítico 10:17). Las dos ceremonias simbolizaban igualmente el traslado del pecado del hombre arrepentido al santuario (***Patriarcas y profetas*, pp. 367, 368**).

El servicio del santuario terrenal consistía en dos partes; los sacerdotes ministraban diariamente en el lugar santo, mientras que una vez al año el sumo sacerdote efectuaba un servicio especial de expiación en el lugar santísimo, para purificar el santuario. Día tras día el pecador arrepentido llevaba su ofrenda a la puerta del tabernáculo, poniendo la mano sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados, transfiriéndolos así figurativamente de sí mismo a la víctima inocente. Luego se mataba el animal. "Sin derramamiento de sangre", dice el apóstol, no hay remisión de pecados. "La vida de la carne en la sangre está" (Levítico 17:11). La ley de Dios quebrantada exigía la vida del transgresor. La sangre, que representaba la vida comprometida del pecador, cuya culpa cargaba la víctima, la llevaba el sacerdote al lugar santo y la salpicaba ante el velo, detrás del cual estaba el arca que contenía la ley que el pecador había transgredido. Mediante esta ceremonia, el pecado era transferido figurativamente, por intermedio de la sangre, al santuario. En ciertos casos, la sangre no era llevada al lugar santo; pero el sacerdote debía entonces comer la carne, como Moisés lo había mandado a los hijos de Aarón, diciendo: "Dióla él a vosotros para llevar la iniquidad de la congregación" (Levítico 10:17). Ambas ceremonias simbolizaban por igual la transferencia del pecado del penitente al santuario (***El conflicto de los siglos*, pp. 470, 471**).

Los pecados de la gente eran transferidos simbólicamente al sacerdote oficiante, que era mediador el pueblo. El sacerdote no podía por sí mismo convertirse en ofrenda por el pecado y hacer expiación con su vida, porque también era pecador. Por lo tanto, en vez de sufrir él mismo la muerte, sacrificaba un cordero sin defecto. El castigo del pecado era transferido al animal inocente, que así llegaba a ser su sustituto inmediato y simbolizaba la perfecta ofrenda de Jesucristo. Mediante la sangre de esta víctima, el hombre veía por fe en el porvenir la sangre de Cristo que expiaría los pecados del mundo (***Mensajes selectos*, tomo 1, p. 270**).

Jueves 6 de noviembre
Otros sacrificios

El servicio diario consistía en el holocausto matutino y el vespertino, en el ofrecimiento del incienso en el altar de oro y de los sacrificios especiales por los pecados individuales. Además, había sacrificios para los sábados, las lunas nuevas y las fiestas especiales.

Cada mañana y cada tarde, se ofrecía sobre el altar un cordero de un año, con las oblaciones apropiadas de presentes, para simbolizar la consagración diaria a Dios de toda la nación y su constante dependencia de la sangre expiatoria de Cristo. Dios les indicó expresamente que toda ofrenda presentada para el servicio del santuario debía ser sin defecto... Sólo una ofrenda "sin defecto" podía simbolizar la perfecta pureza de Aquel que había de ofrecerse como "cordero sin mancha y sin contaminación" (1 Pedro 1:19) (***La fe por la cual vivo*, p. 198**).

Mediante Moisés el Señor había dado instrucciones explícitas con relación a las ofrendas y sacrificios; sin embargo algunos sacerdotes inescrupulosos dejaban de lado esas instrucciones para servir a sus propios intereses egoístas. Especialmente las ofrendas de acción de gracias, que eran presentadas en grandes cantidades por aquellos que se reunían en las fiestas anuales, les daban la oportunidad a esos sacerdotes de enriquecerse a expensas del pueblo. El Señor había ordenado que la grosura de esas ofrendas fuera quemada sobre el altar como símbolo del gran sacrificio. Una porción específica del pecho y la pierna derecha, además de otras partes menores, se le daban al sacerdote, mientras que el resto debía ser usado como alimento por los que traían la ofrenda (***Signs of the Times*, 1 de diciembre, 1881**).

Muévase la mente a gratitud porque mediante Cristo Jesús, el Padre es fiel para cumplir la promesa de perdonar todos los pecados. Su misericordia y su amor son para siempre una seguridad cuando contemplamos a Cristo levantado en la cruz del Calvario. ¿No despertaremos individualmente a la comprensión de que, hasta donde tengamos capacidad para entender la verdad, Jehová Dios nos ama y perdona si creemos en Jesús lo amamos?

¡Oh qué verdad gloriosa! Dios está esperando para perdonar a todos los que se le acercan arrepentidos. Predicad esto. Exaltad a Cristo en lo alto para que la gente pueda contemplarlo...

Los judíos veían en las ofrendas de sacrificios el símbolo de Cristo, cuya sangre fue derramada por la salvación del mundo. Todas esas ofrendas eran para simbolizar a Cristo y para remachar la gran verdad en su corazón de que únicamente la sangre de Jesucristo limpia de todo pecado, y sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados. Algunos se preguntan por qué Dios deseaba tantos sacrificios y estableció la ofrenda de tantas víctimas sangrantes en el sistema judío.

Cada víctima que moría era un símbolo de Cristo, cuya lección era impresa en la mente y el corazón de la solemnísima y sacratísima ceremonia, y era explicada claramente por los sacerdotes. Los sacrificios fueron explícitamente diseñados por Dios mismo para enseñar esta grande e importante verdad, que sólo mediante la sangre de Cristo hay perdón de los pecados (***Mensajes selectos*, tomo 1, pp. 124, 125**).